

**desde el margen**

---

## Carta a Malintzin\*

Gloria Elena Bernal y Ursula Razo

**M**alintzin, pensamos en ti. Evocamos tus cinco nombres, tu huipil de adolescente trágica, tu palabra-glifo, tu lengua irreplicable, tu otredad mítica; evocamos tus tiempos circulares y vertiginosos, que son los nuestros. Malinalli, como tú, seguimos sin entender, sin entendernos.

Te escribimos con temor al desatino. Escúchanos a pesar de nuestra ignorancia. Queremos hablar de ti, hablar contigo, hablar de nosotras frente a ti. Escribimos, Malintzin, con el deseo de reproducir nuestra voz y de que nos reconozcas dentro de ti como a un feto, como en un espejo. Malín, te decimos que nos dueles con dolor de parto, que nos duele tu fragilidad, tu desnudez y tu destino.

Malinalli, la de-los-cinco-nombres, eras, según Bernal, india de buen parecer, entrometida y desenvuelta. Pero no bien nos miramos en tu imagen, nos hallamos hambrientas, sedientas de identidad y definición. Tu reflejo nos conforma, nos abrumba, nos humilla. Tu sombra recorre el discurso patriótico y martilla la cabeza de quienes nos preguntamos todavía quiénes somos y quiénes son los otros.

Tu vida permanece oculta, inédita, como plantita de selva, como hierba silvestre. Sigues siendo la otra, la otra entre los otros. Eres la otra entre los que no se hablan, entre los que no se entienden; eres la otra, la que rompió con la cultura de sus padres y con la gran comunidad para insertarse —iingenua!— en otra. Eres también la otra porque hablas otras lenguas y entiendes otros mundos. La otra para tu madre, que se casó con otro. La otra para tu padrastro, que deseaba la mujer y el poder de otro. La otra frente a los aztecas, que querían el tributo de

---

\*Este texto apareció en *doble jornada* el 8 de junio de 1993. Agradecemos a las autoras y a *doble jornada* el permiso para reproducirlo.

otros. La otra para los que ambicionaban la tierra, el trabajo y el alma de otros. La otra para Cortés. La otra para las mujeres de Cortés.

Malintzin morena, prieta, dura, endurecida, entrañable, suave, inmóvil, viajera: ¿cuál es tu origen, cuál tu familia, tu comunidad, cuáles tus cerros de orientación, cuáles tus dioses, tus sueños, los demonios que te mantienen en vela? Malintzin esclava, traicionada, vendida. ¿Reconociste acaso el pueblecito aquel al que —dice Bernal— volviste de paso a las Hibueras? Tú, dueña, propiedad, señora. . . y sin origen certero. Hoy preguntamos a los cuatro vientos: ¿Quiénes fueron tus hermanos? ¿Cuál tu nacionalidad? Ningunos realmente, ninguna. . . tú no eres ni de unos ni de otros. Malintzin poseída y desposeída, somos, como tú, extranjeras entre los suyos. Escucha: también somos ajenas en un mundo que es de otros.

Marina—esclava, Marina—lengua, Marina—amante. Dijiste, dicen, del complot contra Cortés allá en Cholula y eso te ha merecido el insulto de vendida y de traidora. Pero ¿es que no habías sido ya vendida muchas veces antes? ¿Es que no lo fuiste después? ¿Quién puede traicionar sino un amigo, un hermano, la madre? ¿Tuviste, tú, Malinche, amigos? ¿Te amó alguien? ¿Compartiste patria, tú patria envilecida? ¿Por qué, Marina, hiciste de la cruz tu signo y de Cortés tu señor? ¿Por qué pregonaste la grandeza de tus nuevos amos? ¿Por qué aceptaste en tu seno al hijo del conquistador? ¿Quién te llevó a tomar marido?

Marina sierva, cierva muerta de cólera viva, morena traductora, no nos malentiendas tú que hablas tres idiomas. Hablarte así no es reclamo. Es reconocimiento doloroso de tu condición y de la nuestra, Malinche, espejo de denigración, imagen nuestra.

Aquel varón, esos señores, los barbados. . . ¿qué atracción ejercieron sobre ti? ¿En qué eran diferentes? ¿Qué promesa prometían? ¿Qué esperanza te ofrecían? Iban ellos sólo tras el oro, despreciando lo mejor: la obra elaborada, las plumas, la obsidiana, el algodón. Tú elegiste reiterar tu condición de sierva para ser. . . para ser alguien. Te acogiste al poder, no hay duda de ello. Adoptaste el estigma como nosotras, el nombre del padre, el de nuestros maridos. Pero ¿qué ocurrió al final? ¿Fuiste alguien? ¿Dejaste al fin de ser anónima planta—traductora—madre?

Tú, la brillante, la de las tres lenguas, la de la astucia, ¿por qué, di-nos, cambiaste tu verde tierra por esa casona roja de tezontle? O, mejor, ¿tenías acaso tierra, Malinche? ¿Alguna vez tuviste casa? ¿Qué diste finalmente? ¿Cuál fue el objeto de tu trueque?

Como tú, Malinche, nosotras sabemos del encanto del poder por interpósita persona. Vivimos del poder del otro hasta la fascinación. . . y la ignominia. Del poder del varón fuerte y poderoso, del hechizo del príncipe azulado de tan gris, vivimos. Monjas discretas, abrevamos en la fuente del poder sacerdotal. Mariposas somos que revolotean en torno a la hoguera del poder político. Ese es el vínculo que nos define: la exclusión. Carentes, Malinche, carenciadas, decimos contigo que tenemos la dicha de pertenecer a un gran señor.

Nuestro Cortés, monstruo de mil cabezas, nos aplasta y lo amamos, nos sobaja y lo enaltecemos, nos pisa y besamos sus pies, nos miente. . . ¡y le creemos! Como tú, y como la patria a la que encarnas y te encarna, nos acogemos a su sombra. A falta de triunfos propios, exaltamos sus hazañas y, consoladoras, justificamos sus fracasos en la intimidación. Para nosotras no hay epopeya, sólo recuerdos y esperanzas. Vivimos de ellos y para ellos: traductoras de cultura, repetidoras, reincidentes, cíclicas, informadoras, abyectas, Malinche, abyectas y sin culpa. Marca terrible, espantoso sueño: en el ciclo de los tiempos infinitos, culposas somos, e inocentes.

Estás presente cada vez que se habla de nosotras, tanto como de la tierra que pisaste. Tú, la otra. Tú, la traicionada, la amorosa, desamada, desarmada. Tú, intérprete de mundos. Tú, imagen y paradigma. Querida Malinalli, hermana-madre nuestra queridísima, eres la gran ausente, la invitada de jade, traductora agazapada, interlocutora muda. Madre nuestra que estás en la tierra y eres la tierra umbrosa y asoleada, aguamarina, axolote, tórtola, obsidiana, óyenos, entiéndenos. Madre-matriz, te lo pedimos, aspira nuestro humilde copal, escucha el teponaztle, regresa a tu tierra, vuelve a ser tú misma y descansa en paz. Te queremos. Aquí, en tu aldea, pensamos a menudo en ti.